



## LAS CABALGADAS DE LAGARDÈRE

### I

#### Rescate viviente

Hacia media noche, y en la carretera de España, la Luna alumbró el galope acelerado de multitud de jinetes.

Era en Setiembre de 1718.

El tiempo bueno y el camino llano permitían á los caballos galopar con toda velocidad. Y de tal modo corrían, que en la noche, y á los

lívidos rayos de la Luna, hubiérase tomado á los expedicionarios por una de aquellas «cabalgadas de la Muerte» que figuran en las antiguas leyendas germánicas.

Los escasos campesinos que no se habían acostados á tal hora se santiguaban temblando, y las cuadrillas de salteadores, que en aquella época sólo operaban de noche, se retiraban al paso de los apresurados jinetes, no atreviéndose á atacarlos.

Desde hacía tiempo la experiencia les había enseñado la lección de no atacar sino sobre seguro y sin riesgo.

Las cabalgadas eran dos: perseguidos y perseguidores.

Una pesada carroza disminuía la rapidez de la marcha de los primeros, y todo hacía prever que serían en breve alcanzados, pues la distancia que los separaba era de tres leguas escasas.

Y entonces librábase encarnizado combate en torno de la carroza, donde sin duda hallábase la clave del suceso.

Clave preciosa, á juzgar por la rapidez de la fuga y las precauciones de los fugados, que llevaban todos la espada desnuda en la mano. Eran caballeros, ó por lo menos hidalgos, en traje de camino. Y la paridad de sus oscuros vestidos y el hecho de tener preparados relevos

de caballos hasta Bayona probaban bastante que el viaje no había sido improvisado. Eran ocho, que se preciaban de bravos.

En París los conocían bien, y sabían que desde hacía una hora habíase decretado su destierro, no sólo de la capital, sino de Francia, por tiempo indeterminado. Los mismos fugitivos ignoraban esta resolución del Regente Felipe de Orleans. Sin embargo, algo debían de sospechar, pues su semblante distaba mucho de expresar la satisfacción.

Unos, pobres diablos aventureros y habituados á andar á estocadas, no eran hombres para dejarse invadir por el miedo; los otros, más fanfarrones que otra cosa, se dejaban arrastrar por la masa. Todos eran grandes bebedores y camaradas alegres. Sin embargo, á la sazón parecían entregados á melancólicas reflexiones y cambiaban entre sí pocas y breves palabras. Hay en la vida circunstancias en que los más charlatanes se callan.

La noche que los envolvía indicábales asaz que el Sol se había puesto para ellos: el sol del favor, de la fortuna, del placer; la sombra era el destierro, la fuga á rienda suelta ante tres hombres; lo porvenir, dudoso. El único de ellos que en tales momentos conservaba alguna esperanza era el que galopaba á la portezuela de la carroza,

su jefe, el autor de todas sus bienandanzas pasadas y de las malandanzas futuras: Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga.

Á la cabeza de todos caminaba la flaca y sombría figura de monsieur de Peyrolles, su mayordomo. Los que rodeaban la carroza eran: Montaubert, Lavallade, Nocé, Taranne, el barón de Batz y Oriol, este último muy á vanguardia, porque el peligro era por retaguardia.

Toda la cuadrilla fiel de los *enrodados* (1) de Gonzaga estaba allí, con excepción de cinco: Albret, Gironne, Choisy, La Fare y Navailles; los dos primeros matados por Lagardère un instante después de la firma del contrato por el jorobado. No podía sorprender, pues, su ausencia.

Pero ¿qué habría sido de los otros tres para que no acudieran á la esquina del cementerio de Saint-Macloire, donde tenían caballos preparados? ¿Habrían tomado el camino de la eternidad en vez de la carretera de España? Para Oriol era esto un punto oscuro que le preocupaba.

—¡Gironne y Albret ayer—murmuraba;—hoy La Fare, Navailles y Choisy!

Y el gordinflón no se engañaba del todo. Sólo

(1) Nombre dado en aquella época á los que por su libertinaje y malos hábitos se consideraban dignos de la rueda.

se había salvado Navailles, rindiéndose á discreción arrepentido.

Y Montaubert, que oyó la reflexión, contestó con burlona crueldad:

—Y quizás dentro de una hora Oriol y Montaubert Los dos de un golpe. ¡Lagardère las gasta así! Y no tiene para enjuagarse la boca con los que quedan. Gonzaga acabará el baile. Pero ¿estás temblando, Oriol?

—Está demasiado oscuro para que puedas verlo. Eso no obsta para que mi silla sea menos suave y blanda que el lecho de Nivelle.

—Duérmete, y soñarás que ella te hace desaparecer tras un tapiz. Se ven cosas así entre esas señoritas de la Ópera.

—¡Pobre Nivelle!—suspiró el gordo.

—Nivelle cena ó se acuesta en estos momentos en que tú huyes, Oriol—dijo riendo el otro. —Si no te ha reemplazado aún—lo que es dudoso,—quizás este llamándote—pero esto lo dudo más—como á su perro. ¡Hete aquí convertido en el perro de Nivelle!

Esta chuscada no hizo reír á nadie. Tenían cosas más serias en qué pensar.

El viento se llevaba las palabras y azotaba los vuelos de las capas. La Luna se ocultaba por momentos bajo nubes negras y espesas, para reaparecer más lejos roja y sangrienta.

Durante sus eclipses la sombra envolvía por completo á caballos, carroza y caballeros, y éstos permanecían mudos.

Una arruga surcaba la frente de Gonzaga. Poco antes, en Consejo, y en previsión de la derrota, había dicho:

—¡Necesitamos llevarnos nuestro rescate viviente, nuestros rehenes!

Y el rescate viviente estaba allí: Aurora de Nevers, en traje de desposada, lloraba en la carroza, en tanto que Flor, sentada á su lado y cogiéndole las manos, le suplicaba que tuviese confianza en Lagardère.

—Sí; tengo fe en él. Sé que me salvará si vive. Pero ¿vive? Cuando me robaban se precipitaron todos contra él para matarle.

—Diez espadas no son nada contra la suya— repuso doña Cruz encogiéndose levemente de hombros.—Si hubiera muerto, los que nos rodean no correrían tan deprisa.—Se inclinó y besó á su amiga, añadiendo:—Además, de hoy más, Chaverny está á su lado. ¡No tenemos nada que temer!

Apenas ñronunciadas estas palabras, se apartó para llorar á su vez silenciosamente. Recordaba haber visto á Chaverny doblar una rodilla, tras una estocada de Navailles: sabía que estaba herido; pero no quería decirlo. El golpe que no

deja tieso de repente á un bravo, no significa gran cosa. Flor esperaba la salvación de Chaverny y de Lagardère.

Gonzaga tenía vivos deseos de saber lo que hablaban las dos amigas; pero en cuanto asomaba la cabeza por la ventanilla ambas se callaban apretándose una contra otra. El miserable pensó:

—Me será difícil separarlas, y su amistad podrá acaso más que mis proyectos. ¡Qué imbécil es esta bohemia que puse en el camino de la fortuna, y que tanto se desvía de él! ¡Casta de gitanos, que ponen los sentimientos por encima de las grandezas y del dinero, cuando yo he desafiado al mundo entero para conseguir unas y otro! Verdad que eso es lo que me ha perdido. Pero ¿estoy realmente perdido? Una vez que aparte de mi camino á Lagardère, el Regente me llamará á su lado. Y, sin embargo, estoy huyendo ante Lagardère.

Crispó los puños, apretó con mayor fuerza el pomo de su espada, é hizo dar un salto á su corcel, herido por fuerte espolazo que revelaba su rabia. Paseó su mirada en torno suyo, y gruñó:

—Excepción hecha de Navailles y Chaverny, que tuvieron la osadía de abandonarme, están ahí todos...; todos los que no murieron. Les prometí que el día que va á amanecer en breve

los sorprendería, ó siendo los primeros en París, ó cargados de oro y pletóricos de esperanzas por la carretera de España...—y prosiguió burlón tras breves pausa:—¡Los primeros en París! Por lo pronto somos los últimos; y si tuviéramos la desdichada idea de retroceder, lo más probable sería que fuésemos enrodados en la plaza de la Grève. ¡Bah! ¡Al freir será el reir! ¡Lo porvenir es de los audaces, de los fuertes!—Irguióse al decir esto, y lanzó una mirada de reto al Destino.—¡Me siguen por el oro! ¡Les daré, les arrojaré á la faz puñados, les pagaré! En cuanto á esperanzas, no les faltan. Celledmare ha barajado bien las cartas. Alberoni nos aguarda: el juego es bueno. Un condestable, un Borbón, hizo en otro tiempo armas contra su patria. Éstos, que son mercenarios, ni Borbones ni condestables, sino míos, pelearán á mi lado contra el Regente y contra Francia. ¡Vive Dios! Yo no soy francés. ¡Peor para ellos si lo son!

Espoleó de nuevo su corcel, y gritó:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Y el grupo se perdió en las tineblas como almas que lleva el Diablo.

El segundo grupo, el de los perseguidores, corría más, si cabe. Sólo se componía de tres hombres; pero llevaban á su frente á Enrique de Lagardère.

¿Quién era Lagardère?

Una especie de caballero de la Tabla Redonda extraviado en época de orgías. Tras borrascosa juventud había sentado la cabeza, consagrándose á una obra de justicia: la de defender á una huérfana de las asechanzas del príncipe Felipe de Goizaga, que para robar su fortuna al duque de Nevers le había hecho asesinar cobardemente en el foso del castillo de Caylus.

La huérfana era Aurora, la hija de Nevers. Lagardère, no habiendo logrado salvar al padre, señaló la mano del asesino para poder reconocerle un día, y preservó la vida de la criatura, robándola y refugiándose con ella en España, donde tuvo que luchar contra las pesquisas y asechanzas de los satélites del poderoso príncipe. En tales condiciones su nueva existencia fué una gran epopeya caballeresca. Ciertamente le ayudaron en tan ardua empresa muy eficazmente dos maestros de armas de índole original: Cocardasse y Passepoil, antiguos profesores del joven, á quien ellos llamaban familiarmente «el parisiensito».

Los años transcurrieron. Aurora de Nevers se había convertido en una hermosísima doncella, y su salvador enamoróse de ella.

Con todo, el caballero no debía vacilar entre su deber y su amor.

Un primo segundo de la viuda de Nevers, el marqués de Chaverny, le notificó que Gonzaga tenía el propósito de hacerse adjudicar la fortuna del Duque en el caso de que la heredera no se presentara el día de su mayor edad á reclamarla, y Lagardère, rompiendo por todo, volvió audazmente á París; y allí, no pudiendo servirle de nada la fuerza contra sus poderosísimos enemigos, había recurrido á la astucia. Disfrazado grotescamente de jorobado, consiguió engañar á Gonzaga, introducirse en su palacio, y asistir oculto al Consejo de familia reunido para desposeer de sus riquezas á la viuda y á la huérfana.

Entonces consiguió suspender esta decisión haciendo saber á la Duquesa que su hija vivía, que se la devolvería un caballero llamado Lagardère en el baile que aquella misma noche daba el Regente en el Palacio Real, y que en la fiesta susodicha la voz vengadora de Nevers saldría de la tumba para denunciar á su asesino.

Y la dama, dando tregua á su dolor, asistió al festival regio, donde consiguió por fin penetrar Lagardère, pero sin la hija (que por fin pudo robarle Peyrolles), y ante el Regente, ante la Corte, el caballero, señalando la mano del canallesco Príncipe, exclamó:

—¡Ved la marca que hice en la mano del

jefe de los asesinos en el foso de Caylus! ¡Ése es el asesino de Nevers!

Pero tal acusación arrojada á la faz de un magnate resultaba sobrado inverosímil y tornóse contra el acusador. El astuto Gonzaga no robó á Aurora sino para aparecer como su salvador y devolverla por sí mismo á su madre. Lagardère fué acusado de asesino y raptor de menores, procesado y condenado.

Todo se derrumbaba en torno del pobre caballero; pero el amor velaba.

En sus largas pláticas con su madre Aurora puso de manifiesto ante la Duquesa toda la admirable abnegación que encerraba el alma del proscrito, que después de su condena exclamó ante el Tribunal, dirigiéndose á la noble viuda:

—Os había prometido el testimonio del propio Nevers. Ha llegado la hora. ¡El muerto va á hablar!

Y designando un pliego que el Príncipe tenía en la mano:

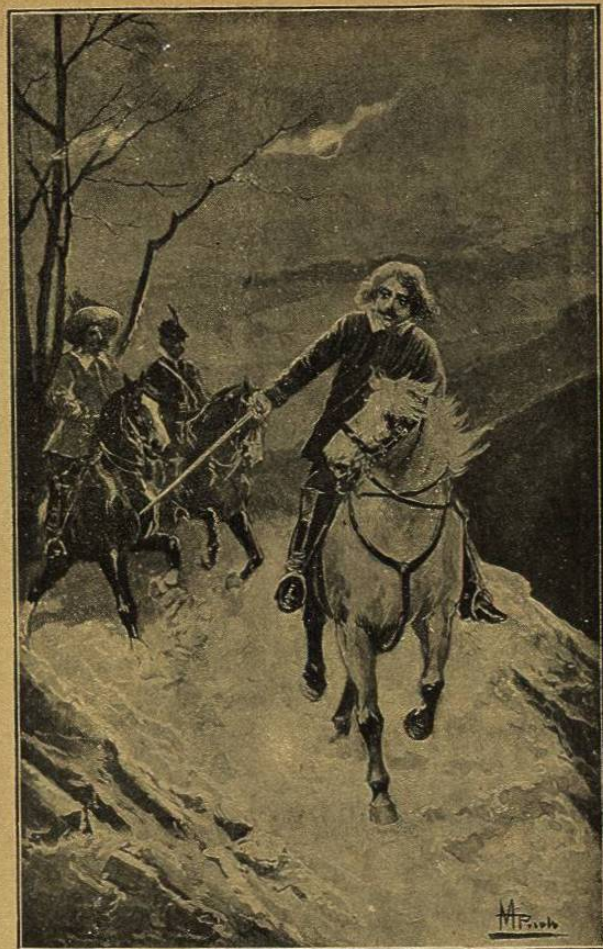
—Ese pliego—exclamó—no contiene la partida de nacimiento de la hija de Nevers, sino el nombre del asesino, escrito de puño y letra del asesinado. Ése es el testimonio de ultratumba que prometí. ¡Abrid el pliego!

Y Gonzaga, aterrado, se vendió apresurán-

dose á quemar el pliego, que sólo contenía un papel en blanco. Luego, ebrio de sangre y de venganza, huyó adonde le aguardaban los suyos, pues había previsto un caso de desgracia y organizado la fuga en consecuencia. Su buena fortuna le protegió hasta el fin, pues halló orando ante la tumba del duque de Nevers á su hija Aurora con su amigueta la gitana Flor. Aporóse de ambas, y acompañado de los suyos, se lanzó á escape por la carretera de España, donde le hemos visto acelerar la fuga.

En cuanto á Lagardère, cuando pudo ponerse en su persecución, armado con la propia espada del Regente y seguido de sus leales Cocardasse y Passepoil, los tres montados en medianos caballos, los tres fugitivos les llevaban gran delantera.

El caballero iba vestido con el hábito que le habían dejado para subir al cadalso que le destinaba la frágil justicia humana. En sus miradas había más tristeza que cólera. Desnuda la cabeza, el viento agitaba sus blondos cabellos formando con ellos una dorada aureola. Sus narices se estremecían; sus delgados labios conservaban la huella de sus dientes, á cuya presión brotara sangre; su camisa pegábase al cuerpo por el sudor y por el viento, y sus ojos escudriñaban ávidamente las tinieblas que le precedían. La espada del Regente parecía incrustada



Desnuda la cabeza, el viento agitaba sus blondos cabellos..

por el puño en la diestra del caballero, cuyas rodillas encerraban como en un estuche los flancos del caballo, que estaba ya casi reventado.

En aquella carrera loca, cuyo fin era la salvación de Aurora y el exterminio de Gonzaga, estaba más hermoso que nunca.

Tras él, Cocardasse y Passepoil pasaban por las fases más terribles de un ejercicio que les era casi desconocido. El primero, que tenía la presunción de saberlo todo, hasta la equitación, casi se sostenía en la silla. ¡Desdichado quien en aquellos momentos le hubiera negado el título de excelente jinete! ¿No había llegado por fin la ocasión de servirse de aquellas espuelas que hacía sonar por todas partes, y de las cuales nunca necesitó servicio alguno? Su colega, acurrucado en la silla como un mono, subía á veces las rodillas hasta la barba, y se balanceaba de un modo alarmante agarrándose con ambas manos; pero seguía á Cocardasse, que á su vez seguía á Lagardère. Los tres hombres parecían fantasmas alados.

—¡Mal pecado!—juró repentinamente Cocardasse.—¡Tengo sed! ¡Este pequeño nos lleva á escape, y no entra en mi gáznate más que polvo! ¡Voto á bríos! ¡Creo que se me secó la lengua! ¡Necesito beber algo y refrescarme las fauces!



—¡Bebe los vientos!—repuso socarronamente Passepoil.

Poco después le tocó á éste romper el silencio:

—¡Los tiempos son malos, Cocardasse Vale más por las noches, en vez de recorrer las carreteras á caballo con riesgo de romperse la crisma...

—¡Vive Dios! ¡Pensar que esta noche hubiera sido la de las bodas de Lagardère, y Lagardère corre ante nosotros camino de España!

—Cierto; pero, de todos modos, la noche se ha hecho para dormir, y yo podría estar en los brazos...

—¡Voto á criba! ¡Abraza al viento, Passepoil! El remedio es tan bueno para el amor como para la sed.

Habiéndose devuelto la pelota, los dos esgrimidores se echaron á reir: su alegría era más franca y sincera que la de los hombres de Gonzaga.

Pero devoraban las leguas, y no hallaban ante sí nada más que silencio y tinieblas.

Lagardère espoleaba cada vez más á su caballo, que principiaba á flaquear.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!—decía también.

Y como el jamelgo no apresuraba el paso á pesar de la espuela, le picó con la espada en la

grupa, con lo que el extenuado animal pareció recobrar nuevas fuerzas.

Comenzaba á apuntar el día. Enrique no distinguía nada ante sí en la carretera; pero encorvándose pudo ver las huellas de las ruedas de una carroza y de cascos de caballos. Al levantar la cabeza divisó una cuerda atada á dos árboles, la cual cruzaba el camino á la altura del pecho de un hombre. Obstáculo infantil, pero que pudo tener graves consecuencias, por lo menos un retraso, de haber sido colocada dos leguas más atrás.

Lagardère hizo saltar por encima á su caballo, metiéndole tres centímetros de acero en las ancas; pero antes de tener tiempo de gritar á sus compañeros ó de cortar la cuerda, los dos diestros chocaron contra el obstáculo, cayendo caballos y caballeros cuan largos eran. Passepoil, que hacía rato había perdido los estribos, cayó boca abajo, y su corcel, boca arriba junto á él. Ambos azotaban el aire con los remos aguardando que los ayudaran á levantarse.

Cocardasse cayó también; pero se levantó en seguida, é hizo poner en pie á su cabalgadura de una vigorosa patada: luego de un puñetazo se encasquetó el sombrero que estaba pocos pasos más allá, y acudió á su compañero invitándole finamente á montar de nuevo, si no quería hacer conocimiento familiar con sus espuelas.

Fueron sólo cinco minutos perdidos; pero en tales circunstancias era mucho.

Sin aguardarlos, Lagardère había continuado su desenfadada carrera por entre la bruma que ocultaba á los fugitivos, los cuales apenas les llevaban ya una legua de ventaja.

Los dos diestros trataban de reunirse con el *parisiensito*. Su carrera hizose más loca; los pobres jamelgos no se habían visto en otra nunca: si reventaban, ya hallarían ó cogerían otros. Se había hecho de día.

—¡Espuela, espuela! ¡Mal pecado!—gritaba el gascón utilizando por primera vez las suyas, y recordando acaso que antiguamente los caballeros las ganaban con una acción notable. De todos modos, tenía la presunción de haberlas ganado él aquella noche.

--¿Espuela?--contestó Passepoil.--¡Si no tengo!

—¡Pues hay que tenerlas, voto á bríos! Ya te tengo dicho que un hidalgo no debe viajar sin espuelas. Te empeñas en llevar zapatos, y hay que llevar botas, ¡voto á sanes! Yo he nacido con las espuelas en los talones. ¡Aún me parece recordarlo!

Passepoil sonrió, se agarró á la silla más fuertemente, y el alba los vió pasar como una tromba: el uno soberbio, erguido, con los bigotes erizados y la boca abierta, porque tenía sed; el

otro acurrucado en la silla, como un chimpancé á horcajadas en un asno.

Media hora después se reunían con su jefe.

El caballo de éste había caído por fin extenuado: estaba atravesado en el camino echando espumarajos por la boca. Cerca había un manantial. Lagardère, que no podía ver sufrir á los animales, iba y venía del corcel á la fuente, y humedecía las narices y los labios de la bestia. Luego trató de levantarla; pero el animal se moría.

El caballero recogió su espada, señaló con la punta al horizonte y exclamó:

—¡Te me escapas por ahora, Gonzaga! ¡Pero tenemos todo el día para ajustar nuestras cuentas, y la frontera aún está lejos!

